

## ENSAYOS

**La octava plaga de Egipto que padecemos desde poco tiempo atrás los españoles ha vuelto a dar actualidad a una vieja cuestión cargada de interés. La proliferación de estudios y biografías acerca de los poderes fácticos y de sus principales representantes en la política, la banca, los sindicatos o la comunicación demuestra una extendida curiosidad por desentrañar las claves de su entorno en amplios sectores de nuestro país. Más que crearla, como hoy sucede con tantas operaciones de «marketing», editores y autores han sabido detectar tal atención y puesto, consecuentemente, los medios para satisfacerla.**

# QUERRELLA O ARMONIA PERIODISMO E HISTORIA

Por José Manuel Cuenca Toribio

**Debido a la masiva salida de licenciados de nuestras facultades de Historia —las más devaluadas en la bolsa estudiantil y ministerial— hoy es difícil hallar un área en barbecho del pasado, remoto o próximo**

**A**UNQUE no con la intensidad presente, otras épocas de renovación y cambio acelerado presenciaron idéntico fenómeno. Con modestos recursos los escritores de la «Gloriosa» se entregaron con entusiasmo a tan excitante labor. Tiempo después, al advenir la II República, millonarios y jesuitas atrajeron la pluma ágil de revisteros y novelistas en excedencia. El *revival* del género era, pues, fácilmente previsible desde la desaparición del franquismo. La única sorpresa que, en realidad, cabe registrar en el fenómeno es que haya reaparecido con su vitola de otras épocas, encastillado en la orfandad de atributos valiosos y lejano, por lo común, de cualquier aportación al periodismo de calidad y a la historiografía solvente.

Podía, lógicamente, esperarse que al convertirse de nuevo en el sector punta o al menos en el de mayor impacto en la opinión, esta literatura reflejase los avances que, pese a nuestro tercermundismo cultural, se han anotado durante los últimos decenios en el clima intelectual del país o en el de los meridianos próximos por ascendiente —Norteamérica— o geografía —Francia—. Al contrario, es quizás el mejor ejemplo del profundo deterioro de la enseñanza que, según muchos expertos, cuartea todo el edificio académico de la sociedad postindustrial. Una enciclopédica ignorancia en materia histórica, una sañuda vulnera-

ción de la gramática y un pertinaz olvido de las bellas letras dominan férreamente en libros agraciados con incesables revisiones y a cargo todos ellos de titulados universitarios. Por generosa que sea la aduana del lector o penetrante su lámpara, poco de aprovechable podrá recoger en páginas construidas con presura y redactadas con desmaña. Aunque siempre sean positivas la libre circulación de escritos y la concurrencia bibliográfica, he aquí un caso, empero, en que en ocasiones se suspira por la existencia de un déspota que pusiera término —momentáneamente, desde luego— a tanto estrago de las normas más acreditadas del quehacer intelectual.

### Historia instantánea

La gravedad del tema no admite, sin embargo, el fácil escapismo del lamento, y obliga a introducirse en tejido muy delicado del mundo científico y cultural español. A fin de cuentas, los autores y editores en cuestión no han hecho otra cosa que ocupar un campo yermo con cuyo cultivo han conseguido unos y otros envidiables beneficios económicos.

En las naciones anglosajonas —Walter Lippmann, James Reston o Schlesinger en EE.UU. o



Hugh Thomas en Inglaterra— y, sobre todo, en Francia, la roturación de dicho terreno corre normalmente a cargo de periodistas consagrados y cualificados historiadores. Unos y otros tienen clara conciencia de su oficio. Mientras que, por definición, el dominio del periodismo es el de la actualidad en su versión más efímera, el de la historia es, por esencia, el del «tiempo largo», conforme a la clasificación divulgada por la Escuela de los «Annales».

Empero, existe un punto de inserción entre lo fugaz y lo duradero en el que justamente reside el lugar de encuentro entre periodismo e historia, que es también precisamente el que concentra el máximo interés de la sociedad: aquel que pudiéramos denominar el de la «Historia instantánea». Tal vez por su mayor porosidad hacia lo vivo, los periodistas se han percatado en superior medida que los historiadores de esta intersección y han procurado no faltar a la cita con los últimos, más romos o perezosos.

En una época como la nuestra en la que la separación de géneros es objeto de general rechazo, periodismo e historia contemporánea unen cada vez más sus aguas para mover el molino del presente, rescatando al ayer inmediato de la superficialidad o el caos para hacerlo inteligible rigurosa y serenamente. Es manifiesto que al periodismo le corresponderá el papel más destacado en dicho menester. Nada hay que objetar con tal de que en su bagaje no falte ninguna pieza sustantiva del oficio intelectual.

## Los franceses

Sabido es cómo, desde siempre, los franceses han poseído el secreto de batir culturalmente los territorios de frontera. Al adentrarse en la copiosa literatura periodística que ha suscitado la V República francesa, la fruición provocada por sus principales obras se amarga con la observación del decalaje suscitado por su comparación con las españolas de índole semejante. El análisis del «doble menosprecio» realizado por Catherine Nay para dar con la pieza clave del fracaso de la relación gubernamental entre los dos líderes conservadores o el estudio —incompleto, aunque sólo por causas cronológicas...— de las metamorfosis mitterrandianas —*Les sept Mitterrand*, París, 1988— llevado a cabo por la misma autora marcan jalones de indispensable referencia en la historiografía del régimen mencionado. Nada es exigible en estos



Hugh Thomas

libros en punto a rigor documental, arquitectura temática y seducción de estilo. Iguales caracteres dan tono a la obra de uno de los *maîtres à penser* del actual periodismo galo, Jean Laniel, o a la de su delfín durante mucho tiempo y hoy descarado rival, Franz-Olivier Giesbrecht, cuya juventud —nacido en 1949 en USA— no ha sido obstáculo para escribir dos biografías deslumbrantes: *François Mitterrand ou la tentation de l'histoire* (París, 1977) y *Jacques Chirac* (París, 1987), y el retrato, tan apasionado como lúcido, *Le Président* (París, 1990, 394 pp.), de lectura obligada para adentrarse en las cámaras secretas de la política francesa del último cuarto de siglo. Entreverados de crónica y gran reportaje, tales libros resistirán el paso del tiempo por su acribia documental y la fuerza de su pincel psicológico.

Con todo, acaso más conocido del gran público sea el ejemplo del fecundo bordelés, tan amante de lo hispano, Jean Lacouture. Historiador y licenciado en Ciencias «Po», el inabarcable catálogo bibliográfico del corresponsal y editorialista de *Le Monde* y *Nouvel Observateur* está repleto de estudios y monumentales biografías sobre episodios y personajes del mundo actual. Aun contando con la ayuda de su laboriosa mujer, Simone, parece increíble el desvelamiento que este periodista, como él gusta llamarse, ha llevado a cabo de los capítulos esenciales de los avatares y protagonistas que han forjado la época contemporánea. El acopio de erudición acribiosa y, como decían las

**La incuestionable distinción de sus trabajos no distancia al periodista político y cultural del historiador contemporáneo en su identidad de propósitos de satisfacer la gran demanda de «actualidad»**